

Abogado y periodista español, doctor en Sagrada Teología, reside desde hace algunos años en Italia. Colaborador habitual de ARCO, especializado en temas de educación, política, opinión pública, etc. Autor del ensayo "Católicos y Política", publicado en el Nº 10 de ARCO, que, por deplorable error, salió firmado por otro colaborador de la revista.

o declaración publicada en el n.º 23-24, de Julio y agosto 1962

CATOLICOS

Y

POLITICA

UN hecho que puede llamar la atención e incluso producir sorpresa por su contraste con la historia del siglo que nos ha precedido, es la presencia actual de los católicos en la vida pública, su participación plena en las tareas temporales —sociales, económicas, culturales, políticas— tanto en un plano nacional como internacional. Una mirada, incluso superficial, a la prensa diaria permite advertir el hecho.

Algunos datos estadísticos

Esta presencia de los católicos en la vida política se manifiesta de una manera más evidente en los países sociológica-

mente católicos —en los que el catolicismo es la religión de la gran mayoría de la población—, pero es también un fenómeno que se registra en naciones donde el catolicismo es minoría, e incluso en naciones de acentuado paganismo.

En Europa, los católicos que actúan en política han seguido diversos caminos según los países. Así, en algunas naciones de tradición cristiana —Alemania, Austria, Bélgica y Holanda, por ejemplo— los católicos se presentan unidos en un solo partido político. En Italia, si bien existe una diversidad de opciones temporales de los católicos —el M.S.I. y el partido democrático (denominación adoptada recientemente por los dos antiguos partidos monárquicos en el momento de su reunificación) se han proclamado católicos en multitud de ocasiones—; en la práctica, la gran mayoría de los católicos se agrupa en la **Democracia Cristiana** que es, desde 1948, el partido mayoritario.

DAVID ALBA ILLANES, doctor en Derecho y Ciencias Políticas, profesor de Filosofía y Teología en el Pontificio Ateneum Angelicum de Roma.

Son, sin embargo, muchos también los países en que los católicos adoptan posiciones políticas múltiples. Así en Francia —a pesar de tratarse de un país en condiciones sociológicas y espirituales muy semejantes a las que se encuentran en las naciones antes mencionadas— los católicos se separan en grupos políticos diversos: el M.R.P. (*Mouvement Républicain Populaire*), los Independientes, la U.N.R. (*Union pour la Nouvelle République*), etc. La Jerarquía ha recordado repetidas veces que ningún partido político tiene el derecho de atribuirse la representación exclusiva de los católicos, ya que estos pueden adoptar todo tipo de actitudes que no sean incompatibles con el dogma y la moral cristiana (1).

Un panorama similar ofrece la actuación de los católicos españoles. Por una parte se puede afirmar que existe en los católicos españoles el deseo común de que el Régimen actual evolucione, de forma que España llegue a estar organizada según fórmulas más democráticas; es decir, de que el estado español se transforme en un estado institucional. Pero junto a esta unidad de fines, se observa una disparidad de medios y de conductas concretas: unos aspiran a conseguir esa evolución desde la postura de la oposición o el abstencionismo, otros en cambio desde la participación en las tareas del gobierno y ejerciendo desde allí una crítica constructiva (2).

La situación en América Latina no difiere substancialmente de la europea. También ahí los católicos han cobrado conciencia de su función social y se han aprestado a intervenir decididamente en la vida pública. E igualmente ahí, mientras algunos católicos se han mostrado favorables a la formación de partidos demócratacristianos, como los existentes en Argentina, Chile, Brasil, Venezuela, Cos-

ta Rica y Perú, por ejemplo; otros en cambio han preferido constituir otras organizaciones políticas (como el Partido Nacionalista de Argentina) o actuar a través de organizaciones políticas tradicionales (como sucede en Colombia con los partidos liberal y conservador, y en casi todas las restantes repúblicas latinoamericanas, aunque en ellas exista también un partido demócratacristiano). La Jerarquía de la Iglesia ha proclamado frecuentemente la libertad política de los católicos; así ante las últimas elecciones colombianas, el Obispo de la Diócesis de Cali ha dado una pastoral, en la que se señala como único límite de la libertad de los católicos el no favorecer a quienes muestren ser enemigos de la nación y de la Iglesia. "Es preciso recordar a los fieles —escribía— que el derecho de sufragio trae consigo graves deberes y obligaciones, el primero de los cuales es depositar el voto en conciencia, es decir, por candidatos que por su doctrina, su integridad de costumbres, preparación, honradez y espíritu de justicia estén en capacidad de trabajar por el bien común de la sociedad y de la Iglesia. De donde se sigue que votar por candidatos indignos es un pecado de cooperación al mal que los elegidos habrán de hacer a la sociedad y a la Iglesia misma". ("El Colombiano", Medellín, 14-I-60).

En los países anglosajones, de tradición protestante y de ambiente político muy diverso a los anteriores, la actuación de los católicos presenta características peculiares. En Inglaterra y Estados Unidos, organizados sobre la base de dos grandes partidos nacionales, las preferencias de los católicos se reparten entre ambas agrupaciones políticas. En Inglaterra, después del Acto de Emancipación de 1829 que removió las trabas para la actuación política de los católicos, estos no han vacilado en intervenir en la vida política. Así en el anterior parlamento, sobre 630 diputados a la Cámara de los Comunes, 22 eran católicos; en la Cámara de los Lores el número de católicos ascendía a 46. En cuanto a su

(1) Cfr. *Informations catholiques internationales*, 15-VII-59, pp. 23-24.

(2) Cfr. Illanes, J. L. "L'azione politica dei cattolici nella Spagna", en *Studi Cattolici*, n.º 17, abril 1960, pp. 48-56.

filación política, de los 22 diputados católicos 12 eran laboristas y 10 conservadores.

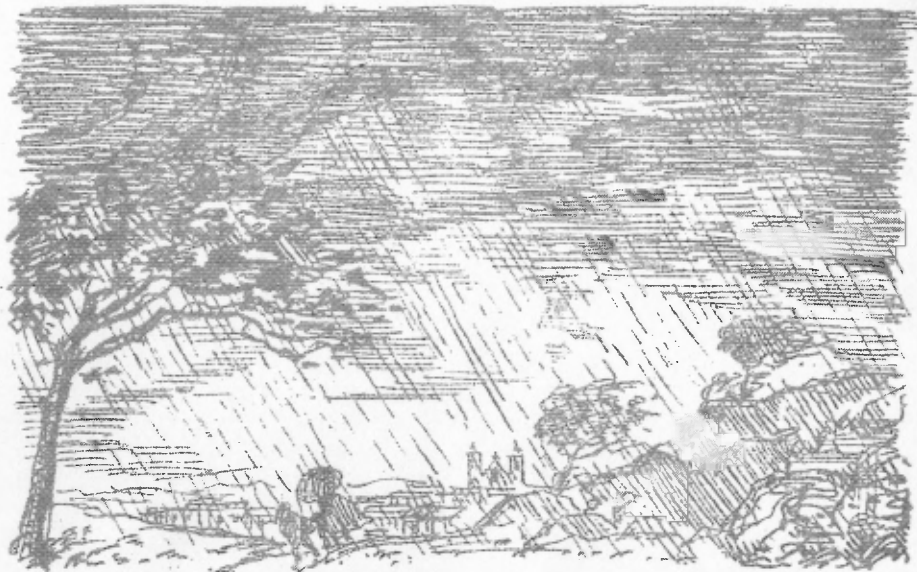
En las actuales Cámaras Legislativas de Estados Unidos —el cálculo está basado sobre las respuestas de senadores y representantes acerca de su confesión religiosa— los católicos resultan ser, con un total de 103 —88 representantes y 15 senadores— la mayoría relativa. Por otra parte, la candidatura de Kennedy a la presidencia ha llevado a los protestantes a enfrentarse con la posibilidad de un presidente católico y ha hecho ver cómo los prejuicios frente a este acontecimiento están en contradicción con la estructura democrática del país. Es en este sentido elocuente la respuesta de un pastor protestante a una encuesta organizada por la revista *Newsweek*: “La posible candidatura del Senador Kennedy produce en muchos eclesiásticos protestantes una situación de división interior. Ciertamente todo ciudadano de los Estados Unidos debe tener la oportunidad de ocupar el más alto cargo del Estado, sean cuales fueren su raza o sus creencias. Esto es tan fundamental para nuestra democracia, que es angustioso tener cualquier tipo de duda sobre la materia. Sin embargo, debo reconocer que la tengo” (*Newsweek*, 14-III-60).

También encontramos católicos que se ocupan activamente de la cosa pública en Asia y en Africa. En el Viet Nam del Sur, el presidente del Gobierno, Ngo Dinh Diem, es católico. En Indonesia existe un partido católico presidido por Ignatius Kasimo. En el Líbano, los católicos maronitas ocupan el 30% de los escaños de la Asamblea. En el Africa Negra, las tomas de posición de la Jerarquía en favor de una emancipación política han facilitado a los católicos esta participación en la vida política. Así se pueden citar relevantes personalidades católicas en Madagascar (el Presidente de la República, Tsiranana), en Ruanda Urundi (el Mwami Mutara III), en el Alto Volta, en Dahomey, en Togo, en la Costa de Marfil, etc.

Finalmente, como manifestación extrema de este espíritu que mueve a los católicos a utilizar las posibilidades de acción, por pequeñas y limitadas que sean, para imprimir a la realidad social y política una impronta cristiana, está la actuación del grupo de católicos polacos que, aprovechando la precaria libertad que el gobierno comunista se vio obligado a conceder a raíz de la revolución de 1956, resultaron elegidos como diputados al Parlamento. Se trata de un grupo de 8 diputados que forman parte del movimiento llamado *Znak* (Signo), y cuyo presidente, el profesor Estanislao Stomma, definía así su posición: “No formamos ningún partido, ni deseamos formarlo. Tampoco pertenecemos al grupo que actualmente ocupa el poder en Polonia. Nuestra situación nos facilitaría la postura de observadores críticos a secas, pero hemos escogido un camino mucho más difícil, y sabemos que no está precisamente cubierto de rosas”. Lo peculiar de su situación, al estar Polonia sometida a un régimen comunista, ha hecho que los diputados del grupo *Znak* hayan hecho constar repetidas veces que su actitud de intervención en la política tiene un límite, en cuanto que no puede nunca llegar a una transigencia con ideologías anticristianas. De ahí que hayan procurado subrayar la oposición irreductible que existe entre el cristianismo y la ideología comunista. “Respecto a la doctrina del socialismo —escribía el periódico “*Tygodnik Powsszechny*”, uno de los órganos del movimiento—, los católicos oponemos y debemos oponer objeciones”.

Las raíces de este hecho social

Esta presencia activa de los católicos en la vida política es un hecho social de carácter universal, algo que se ha producido a pesar de la diversidad de las circunstancias políticas, económicas y sociales por las que atraviesan unos y otros países. Y es que nuestro tiempo está presenciando un fenómeno de indiscutible trascendencia: los católicos han tomado conciencia de la función social que les



incumbe y siguiendo las repetidas indicaciones de los Romanos Pontífices se esfuerzan por intervenir activamente, por influir en la vida pública de los diversos países.

La razón última de este fenómeno está, pues, en la esencia misma del cristianismo, que no agota sus instancias en una determinada esfera de la persona, sino que afecta a la totalidad de la persona y a su proyección social. Sin embargo, para una mayor comprensión del problema será útil hacer referencia a las razones históricas y sociológicas que lo han preparado.

Una de las características de la historia del siglo XIX es el predominio de las ideologías de inspiración anticlerical que lucharon por imponer como dogma político el agnosticismo en la vida pública, por reducir la religión a un asunto meramente privado. Por eso toda la época representa un intento de reprimir la natural tendencia de los católicos a informar con su fe la realidad social, de coartar la libertad y los derechos de la Iglesia.

Pero para comprender el alcance y sentido del siglo XIX será bueno remontarnos a siglos anteriores, a los años en que nacieron los gérmenes y las ideas que entonces dieron sus frutos. Concretamente, en cuanto al problema de la coacción ejercida sobre la actuación pública de los católicos y sobre la acción de la Iglesia, hay un hecho que reviste una especial importancia: el nacionalismo.

La aparición de las nacionalidades, la madurez alcanzada por las sociedades políticas estructurándose como estados de derecho, son hechos históricos positivos, representan un progreso en la historia de la humanidad. Pero estos hechos, en sí buenos, fueron desvirtuados, orientados en una dirección errónea y antihumana por los hombres que los vivieron. La Nación y el Estado fueron así absolutizados, convertidos en el valor supremo al que todo debía someterse.

Y era inevitable que este egoísmo nacional, que este nacionalismo, en su intento de abarcarlo y comprenderlo todo, buscara dominar también a la Iglesia, reducirla a la condición de un organismo

del Estado, o de una entidad privada sin ninguna acción eficiente sobre la vida social. Por lo mismo era también lógico que los partidarios de una tal política se esforzaran por recortar la actividad de los católicos, atentando contra uno de los derechos más elementales del hombre: el derecho a desarrollar libremente su propia personalidad, a proyectarse sobre la realidad que le rodea, a comunicar a los demás y a informar a la realidad con la verdad de la que es portador.

Las primeras manifestaciones de este proceso —anteriormente se dan tan solo hechos aislados, con un valor de meras anticipaciones—, las encontramos en los siglos XVII y XVIII bajo lo que se ha dado en llamar el absolutismo regio. El galicanismo en Francia, el regalismo en España y en Portugal, y el josefinismo en el Imperio austro-húngaro, son clara muestra de esta concepción de la cosa pública. En el fondo representa una pérdida del sentido cristiano de la vida y de la sociedad, y una influencia del principio protestante de las Iglesias nacionales —*cuus regio eius religio*— puesto al servicio de las ambiciones personales de reyes o ministros. De esta forma el poder civil intenta eliminar al eclesiástico y convertirse en rector supremo de la persona humana.

Pero para comprender la opresión de los católicos durante el siglo XIX, junto a estos intentos y a estas concepciones regalistas, es necesario tener en cuenta otro movimiento: la Ilustración.

Con la palabra Ilustración —traducción del alemán *Aufklaerung*— se entiende en la historia de la cultura toda esa corriente de pensamiento que determina el espíritu y la fisonomía de los últimos años del siglo XVII y de todo el XVIII, y cuyos representantes principales son Voltaire, Rousseau y la Enciclopedia en Francia, Wolf en Alemania, y Toland y Tindal en Inglaterra.

La tónica general de este movimiento es su naturalismo, su fe ingenua y desmesurada en las posibilidades de la ra-

zón y de las fuerzas humanas. De ahí proviene el desprecio por la religión positiva revelada, que se considera como propia tan solo del pueblo inculto y supersticioso.

Surge así, y se extiende por el Occidente, un clima en el que la religión es considerada como carente de virtualidad social, un ambiente que no tarda en convertirse en irreligioso y ateo, y que en algunos casos estará caracterizado no ya por un desprecio o un olvido de la religión sino por un odio positivo.

No es pues de extrañar que, unidos este ambiente irreligioso con aquellas tendencias regalistas que colocaban como primer valor lo nacional hasta el punto de desear someter a la Iglesia, se produzca una mentalidad que rechaza la aplicación de los valores religiosos a la vida pública; una mentalidad que sostiene a ultranza que la religión debe ejercer su influencia solo sobre la vida privada, que la política debe ser "neutra". Efectivamente, modificada la estructura social, idénticas doctrinas y deseos han de dar en la práctica lugar a posturas y actitudes diversas. Antes se intentaba someter a la Iglesia a la política, ahora se buscará hacerla desaparecer.

Este carácter lo encontramos ya en el acontecimiento histórico con que se abre esa época: la Revolución Francesa. Evidentemente, en la Revolución —como en todo acontecimiento histórico de amplias consecuencias— hay un problema social y político por resolver: el de la adecuación del antiguo régimen, del "Ancien Regim", a los nuevos tiempos, el de permitir a la burguesía el acceso al poder. Pero la Revolución Francesa —como toda revolución— es algo más: no limita sus aspiraciones a la resolución del problema planteado, sino que intenta conseguir una orientación nueva de la vida en su totalidad; y, en este sentido, es un fenómeno de dimensiones religiosas, que afectó en su tiempo —y que, en sus derivaciones históricas, afecta hoy— a la vida religiosa de los pueblos.

“A partir de 1790 —ha escrito Jean Roger (*)— la Revolución se transforma en una revolución metafísica que anuncia el principio democrático como un absoluto de carácter religioso, como la verdad, la salud, la felicidad, absoluto e indiscutible. El antiguo régimen va a convertirse en el mal, la perdición, el error absoluto, al que se combate por todos los medios como una herejía religiosa”. Esta actitud religiosa aplicada a materias que no lo son, a cuestiones que están dejadas a la libre investigación y al arbitrio de los hombres, degenera irremediabilmente en un feroz sectarismo y, con frecuencia, en la persecución violenta: al intentar edificar la nación esas bases, al querer dar un sentido nuevo a toda la vida social, al denunciar los males anteriores como absolutos y proponer un orden nuevo en el que ningún mal estaría ya presente, al edificar de esta forma una religión de la razón natural, el enfrentamiento con la Iglesia, el esfuerzo por evitar una actuación pública de los católicos, son una actitud lógica en el revolucionario.

No es necesario ahora seguir el desarrollo de la persecución religiosa en tiempos de la Revolución Francesa; la debilitación de la Jerarquía eclesiástica; los intentos de edificar una Iglesia nacional mediante la Constitución civil del clero y el juramento impuesto el 27 de noviembre de 1870, que harán nacer un clero juramentado, designado electivamente por el mismo cuerpo electoral que el de los diputados de la Asamblea, y sometido por completo a la potestad del Estado. Tanto, que tres años más tarde el diputado Delacroix podrá decir: “Los obispos son nombrados por las asambleas electorales, son pagados por la Nación. Deben pues obedecer todas las leyes de la República (*)”.

Este espíritu seguirá viviendo en los años sucesivos, aunque revestido de un

(*) Roger, J. “Ideas políticas de los católicos franceses”. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1951, p. 66.

(*) Citado por Roger, o.c., p. 70

[ropaje más burgués, más silencioso, menos llamativo. Su propósito será la secularización de la vida pública, conseguida sin hacer mártires, sin efusión de sangre.] Sus medios, la estatificación de la enseñanza, el coartar la actividad pública de los católicos, la propaganda que repetirá en todos los tonos y en todas las ocasiones que la vida privada y la vida pública son dos órdenes paralelos y absolutamente diferentes, que mientras en aquella rigen los principios religiosos, esta debe ser neutra.

De esa manera, poco a poco, una concepción naturalista de la vida social va haciendo presa en la opinión pública: la sociedad se basta a sí misma de tal modo, que la presencia de los católicos, de la Iglesia, le es innecesaria e incluso perjudicial. Se desconoce así una de las lecciones más evidentes de la historia de la civilización Occidental: los beneficios que debe a la presencia y a la acción del Cristianismo. Tal vez no haya palabras más claras al respecto que las que hace quince siglos escribiera San Agustín: “Los que dicen ser la doctrina de Cristo nociva a la república, que nos den un ejército de soldados tales como la doctrina de Cristo manda; que nos den asimismo regidores, gobernadores, cónyuges, padres, hijos, amos, siervos, reyes, jueces, tributarios, en fin, y cobradores del fisco como la enseñanza de Cristo los quiere y forma; y una vez que los hayan dado atrévanse entonces a decir que semejante doctrina se opone al interés común; antes bien, habrán de reconocer que es la gran prenda para la salvación del Estado si todos la obedecieran” (*).

Se desconocen también —y esto nos muestra las graves consecuencias que esa postura tiene para un católico— los derechos que a todo católico incumben de formar la realidad con arreglo a la doctrina de Cristo. Derechos que son, como ya se dijo antes, una manifestación del derecho inalienable de toda persona humana a desarrollar su propia personali-

(*) Ep. 138, ad Marcellinum, C. 2, n. 15

dad proyectándola sobre la vida social; y que son, además, una exigencia de la misión apostólica que incumbe a los cristianos de instaurar todas las cosas en Cristo. "instaurare omnia in Christo" (*).

El católico se ha visto así, a lo largo de esos años, sometido a la presión de fuerzas sociales imbuídas de doctrinas erróneas, de sectarismos; ha tenido que caminar entre multitud de trabas puestas a su actividad. No pocas veces, esas trabas han consistido en el empleo de la violencia, en la persecución abierta y desenmascarada: el Kulturkampf, que alejaba a los católicos de la enseñanza y consagraba una plena ingerencia de la administración del Estado en los asuntos internos de la Iglesia —los nombramientos eclesiásticos debían ser comunicados a la administración civil, ante la que se podía apelar contra las desiciones de la autoridad eclesiástica—; el radicalismo masónico y su lucha por la escuela laica, que le llevó a la defensa de un estatalismo en la cultura, cercenando injustamente la libertad de la enseñanza privada; los totalitarismos de la primera post-guerra —comunistas o no— que, o bien asumieron desde un primer momento un cariz laicista y ateo, o bien chocaron contra los católicos al pretender reducir toda la actividad pública a la actividad estatal y dar a la vida social una orientación materialista o paganizante.

La persecución abierta ha desaparecido a veces, pero siempre durante esos años toda una serie de medios presionando a la opinión pública y la amenaza constante de que la calma aparente degenerase en persecución decidida, incitaban al cristiano a "reprimir" sus creencias. Por todas partes, y en las más diversas formas, la propaganda estaba al servicio de aquellos hombres cuya actitud caracterizaba Pío IX cuando decía: "Se encuentran no pocos que, aplicando a la sociedad civil el impío y absurdo principio llamado del **naturalismo**, se atreven a enseñar que la perfección de los gobiernos

y el progreso civil exigen imperiosamente que la **sociedad humana se constituya y se gobierne sin preocuparse para nada de la religión, como si esta no existiera**" (†).

La inhibición: actitud patológica

De esta forma, se obligaba a los ciudadanos católicos a vivir una disociación en las estructuras más íntimas de la persona: por una parte, la vida privada y familiar, en la que el cristiano aprendía a amar a Dios y a obedecer sus Mandamientos; por otra, la vida social y pública —las profesiones, las tareas políticas y económicas, el mundo de la cultura—, en la que el cristiano no podía expresar las exigencias de su fe, y debía vivir reprimiendo y coartando su personalidad, para evitar que lo que leía en el Evangelio, que lo que le enseñaba la Iglesia, aflorara e influyera en la vida social.

Esta coacción que, en nombre de una falsa libertad, el régimen del liberalismo jacobino ejercía sobre la libertad y la conciencia de millones y millones de católicos, era incluso un atentado contra la salud mental de la colectividad humana. El psiquiatra alemán Hans-Werner Janz, ha mostrado hasta qué punto la crisis histórica de nuestro tiempo es el resultado de esta escisión de la personalidad. "Paul Valery opinaba —son sus palabras—, que el espíritu en la Europa de nuestro tiempo está **cruelmente herido**. El ve el origen del caos de nuestra **Europa espiritual** y, al mismo tiempo, el signo de la época moderna en el hecho de que en todas las cabezas cultivadas **viven los pensamientos más diversos y los principios de vida y de conocimientos más incompatibles**. Yo quiero añadir que estas contraposiciones no pueden ser dominadas ya por ninguna idea unitaria como, por ejemplo, la idea del ser de los griegos o la idea cristiana del Occidente, y se han agudizado en los antagonismos más radicalmente decisivos. Partiendo

(*) Ep. ad Ephesios, I, 10.
(†) Encíclica Cuanta Cura, en "Colección de encíclicas y documentos pontificios", Madrid, 1955, p. 546.

del cisma europeo se ha llegado al cisma mundial y a una crisis mundial (*)."

El cristiano ha sido forzado a vivir una vida pública regida por principios no católicos, no vivificados por el Evangelio y, opuesta, por tanto, a sus más profundas convicciones personales. Se le incitaba, y en ocasiones se le obligaba, a que actuase contra su propia razón, contra sus propias ideas y sentimientos. Se explica así que durante esos años la actitud del cristiano no fuera la actitud constructiva sino que se viera precisado a adoptar posturas defensivas, a combatir defendiendo sus derechos, defendiendo la posibilidad misma de toda civilización y cultura.

La lucha mantenida durante esos años ha sido dura, pero los frutos copiosos: el sufrimiento, la persecución han sido siempre semillas de cristianos, ocasión para un mayor florecimiento de la vida cristiana, para una mayor profundización en el mensaje de Cristo. Por eso —y volvemos así a las consideraciones hechas al principio de estas páginas— no es de extrañar que, cambiadas las circunstancias históricas, los católicos se hayan lanzado plenamente a la tarea de edificar cristianamente la sociedad temporal.

El derrumbamiento de todas las ilusiones de la sociedad liberal-capitalista entre las angustias de los dos conflictos mundiales, y la amenaza del marxismo han contribuido a que el mundo Occidental se vuelva de nuevo a Dios y tome conciencia de su ausencia. Los hombres de nuestra época sienten acuciantemente la necesidad de reconocer que Dios, que Cristo es el fin único de todas las civilizaciones.

Los años que han seguido a la segunda guerra mundial han registrado en Occidente un desarrollo de la auténtica libertad y de la auténtica democracia. Y las ideas que pretendían reducir al Cristianismo a una situación de catacumba son ya en la mayoría de los

países verdaderamente libres —aunque siempre hay, en cualquier situación histórica, quienes tardan en adecuarse al ritmo de los tiempos— agua pasada.

Desaparecida así la opresión que pesaba sobre los católicos, estos se han lanzado serenamente a la vida pública, a ejercer los derechos que como ciudadanos libres les corresponden, con todas las reservas de fe y de fuerza moral que el jacobinismo de antaño había reprimido, y que la purificación de esos años duros han hecho más firmes. A la disposición vital impuesta a los cristianos por el radicalismo liberal está sucediendo la unidad de vida, el desarrollo normal de la personalidad del ciudadano católico.

Pero estos años de lucha apenas han acabado y quedan aún rastros de la situación anterior; esa disociación de la personalidad violentamente impuesta, esa forzada represión de la propia intimidad ha podido dejar en algunos casos huellas profundas, creando así hábitos patológicos, enfermizos. Nos referimos concretamente a la posible inhibición de algunos católicos —o de los católicos de algunos países— frente a las responsabilidades sociales y políticas.

La lucha por llevar la presencia cristiana al seno de la sociedad ha sido dura, y es posible que haya quienes se han cansado en la batalla. En otros será la inercia la causa de su inhibición: la inercia de los que viven todavía bajo el influjo de aquella mentalidad decimonónica ya trasnochada —aunque se repita bajo los estados totalitarios. Es la posición de los que no actúan hoy las exigencias sociales de la fe porque nunca lo han hecho, porque están acostumbrados a no actuarlas. Es la posición de los que prefieren no un "status quo" contrario a los principios naturales y cristianos, porque ese estado de cosas les permite conservar una tranquilidad aparente, y porque alterarlo llevaría consigo un riesgo que la falta de valentía les impide afrontar. Es, en fin, la posición de quienes se dejan llevar por la desilusión que les produce el espectáculo lamentable de

(*) "La crisis actual como problema psicopatológico", en *Nuestro Tiempo*, Pamplona, vol. IX, p. 280.

la vida pública de su contorno: la sensación de que "esto no tiene arreglo" aboca en una inhibición, no dándose cuenta de que al obrar así retiran de la vida social el fermento cristiano, que puede y debe contribuir de forma decisiva a que "las cosas tengan arreglo".

Estas actitudes son tan patológicas como lo era la disociación vital de la que son continuadoras: suponen la aceptación pacífica de aquella injusticia, de aquella violación de derechos contra la que en un principio sus padres o tal vez ellos mismos lucharon con todas sus fuerzas.

Y son situaciones anormales, porque la inhibición del católico en estas circunstancias no puede justificarse nunca. La actuación pública, el ejercicio de sus derechos y de sus deberes de ciudadano, le viene exigido al católico por los imperativos más profundos de su fé. Inhibirse sería traicionarse a sí mismo.

La vida de los cristianos de los primeros siglos es una lección bien clara. Los discípulos del Señor tuvieron desde el primer momento conciencia segura de que el mandato de Jesús les colocaba en el centro mismo de la sociedad terrena. Como su Maestro, no eran del mundo, y sabían de antemano que, por no ser mundanos, no podían ciertamente aspirar a recibir del mundo una aprobación sin límites. Pero nunca tuvieron mentalidad de "gheto", de inhibición. "Los cristianos —leemos en la Epístola a Diognetes, una joya de la literatura cristiana del siglo II— no se distinguen de los demás hombres ni por la propia patria, ni por la propia lengua, ni por el propio modo de vivir; no habitan en ciudades propias, ni usan un lenguaje insólito en la conversación, ni tienen un género de vida singular o raro" (*). Tertuliano elevó con palabras vehementes una clara protesta contra los que dudaban de la eficacia y la utilidad pública de los cristianos: "Se dice que somos inútiles para los negocios. ¿Cómo podríamos serlo quie-

nes vivimos con vosotros, quienes tomamos el mismo alimento, y vestimos el mismo traje, llevamos el mismo género de vida que vosotros? Porque nosotros no somos gimnosolistas de la India, habitando las selvas y separados de la vida" (10).

La misión del cristiano es sobrenatural, pero tiene implicaciones que afectan a la vida terrena y al orden temporal. "Sería falso —ha dicho Pío XII— un sobrenaturalismo que alejase al cristiano de las necesidades, de los deberes y de los derechos económicos y políticos" (11). El cristiano ha de estar presente en la vida pública y ha de estar presente para vivificarla e iluminarla con el mensaje de Cristo, con la doctrina de la Iglesia.

Hoy —ya lo declamos antes— los católicos son, en su gran mayoría, conscientes de esta misión, han aceptado esta responsabilidad. Al aumento de libertad y a la crisis religiosa de nuestros días ha respondido de manera inmediata, como expresión de una exigencia ínsita en lo más profundo del ser, como ejercicio de un derecho inalienable, la actuación pública de los cristianos. Y su presencia es, en estos años de crisis, en estos años de transición, una presencia serena y confiada, propia de quienes saben que trabajan unidos a Cristo y no temen por eso los avatares de la historia. La tarea que se les presenta no es ciertamente sencilla, exigirá esfuerzo, renunciación, generosidad. Pero han sido puestos en el mundo para hacerlo cristiano, para ofrecer a Cristo todas las conquistas de la historia y de las ciencias, porque, como dijera hace años Etienne Gilson "el papel de la Iglesia no es conservar el mundo tal como es, aunque hubiera llegado a ser cristiano, sino conservarlo cristiano en su incesante transformación, en su incesante devenir otro distinto". Esta es la misión política de los católicos.

~~David Mejía Vazquez~~

José Luis López

(10) "Apologético", 42, 1

(11) "Discurso a los miembros de Pax Christi" (13-IX-52), n. 2; en "Colección de encíclicas y documentos pontificios", Madrid, 1955, p. 1391.

(*) Cfr. Orlandis, J. "Primeros cristianos y orden temporal", en Istmo, n. 1, p. 13-20.